

LETRAS DE SANGRE

Zeus Vidal Capadama



Capítulo 1

I

Madrid, el día del secuestro

La Piazza Spagna estaba llena de gente. Languidecía ya un soleado día y las farolas comenzaban a tener vida, con esa luz tenue que, según Amado Nervo, alumbraba en los osarios la luz agonizante del sol, dándoles nimbos de cárdenos reflejos. Bajé las escaleras lentamente, con la desidia del que se ve obligado y la frustración del que no puede evitarlo. Llegué al portal. Todo seguía igual. Nada había cambiado. El número 5 de la Via Condotti era el primer portal a la izquierda según encaré la calle. El portal estaba situado en un edificio que hacía esquina con la propia Piazza di Spagna, entre escaparates de Dior y Gucci. Era una de las calles principales de moda en Roma donde se situaban las tiendas de las marcas más prestigiosas. La tienda de Gucci ocupaba el bajo comercial a la derecha del portal y el bajo comercial del edificio contiguo. A la izquierda Dior tenía un local más pequeño que era compensado con todo el primer piso del edificio como indicaban los carteles distribuidos por todas las ventanas. En frente del portal, en otro enorme bajo comercial, estaba Prada. Me acerqué al portal. Había un timbre muy antiguo. Un único botón. Estaba bastante nervioso. Cogí aire y llamé. De repente la puerta se abrió con un electrónico y potente ruido. Respiraba con dificultad y sentía una fuerte presión en el pecho. La puerta era antigua y me costó darle el primer empujón para abrirla. Dentro del portal un ascensor de rejilla me esperaba << que poco me gustan esos cacharros viejos >>. El corazón empezó a latirme a mil pulsaciones por segundo mientras entraba en el ascensor. Apreté el botón con la flecha para arriba que acompañaba a un segundo botón con la flecha para abajo. Me sudaban las manos. El ascensor comenzó a subir. Sonó el clic que indicaba que ya se podía abrir la puerta. Abrí y salí. Había dos puertas, una a cada lado. El sudor frío se transformó en un sudor acuoso y una desagradable sensación de humedad. Estaba dudando sobre a qué puerta acercarme cuando la de la derecha se abrió. El dolor en el pecho aumentó y me desperté sobresaltado. No podía prácticamente respirar. Cada bocanada de aire para saciar la sensación de ahogo me presionaba el pecho. Hacía días que no se había repetido el sueño y el consecuente alterado despertar. Miré el reloj de la mesilla. Las seis menos diez de la mañana. Decidí levantarme.

Era un día importante.

II

Tampa, tres años antes

Llegué con Lucía al hotel Tradewinds Island Grand Resort en St. Pete Beach, Tampa, en el estado de Florida. Cumplíamos así la promesa que Lucía me dio el día que nos conocimos. Los últimos meses habían sido bastante duros en lo físico y en lo emocional. Descubrir tras más de un mes buscándola, que Lucía tenía un cáncer bastante agresivo. No fue fácil y este viaje nos daba la oportunidad a los dos de descansar y disfrutar el uno del otro. Lucía estaba calva debido a la caída del pelo por la quimioterapia y había estado muy preocupada porque no quería que yo la viera en ese estado. Por ese motivo, antes de entrar a verla en el hospital en Boston, me afeité la cabeza para que ella se sintiera mejor. No se si fue un acto de amor o de estupidez, pero éramos como dos bombillas a las que todo el mundo miraba cuando caminábamos por el hotel.

Los diez días que pudimos disfrutar de las instalaciones fueron maravillosos. Exprimimos la playa todo lo que pudimos con cuidado de evitar las horas de sol principales. El hotel ofrecía a los clientes unas tumbonas que protegían del sol. Un tobogán bastante alto que había en la arena para que los niños se divirtieran, intentaba dar sombra al chiringuito que había en la piscina que delimitaba con la playa, una de las tres piscinas que había en el resort. Lucía estaba feliz y disfrutando cada día. Por supuesto, fuimos al museo que había en la ciudad, el segundo museo de Dalí más grande del mundo. Gracias a Dalí yo conocí a Lucía. Todo transcurría con normalidad hasta que un día antes de volver a Boston, Lucía se empezó a comportar de manera extraña tras recibir una llamada de teléfono. Salió al pasillo al aire libre que había en la parte exterior de las habitaciones y daba acceso a las mismas. A pesar de ello, escuché parte de la conversación en la que Lucía le insistía una y otra vez a una tal Romanka que estaba todo codificado y a buen recaudo. La verdad es que en ese momento no me preocupé en exceso y achaqué el cambio de humor de Lucía a que nos teníamos que volver a Boston para que ella continuase con sus sesiones de quimio.

Al llegar a Boston, todo volvió a la normalidad y los días felices pasaron. Lucía volvió al hospital para seguir con su tratamiento de quimioterapia y yo volví a Madrid para preparar los últimos exámenes que me quedaban para acabar mis estudios de derecho. Le prometí a Lucía que en cuanto acabase los exámenes volvería a Boston para estar con ella el tiempo que fuera necesario hasta que se recuperase y así poder recuperar la vida que habíamos tenido el año anterior. El mejor año de toda mi vida. Qué endebles son las palabras cuando las lleva el viento y qué frágiles las

promesas cuando se hacen esperar.

III

Madrid, el día del secuestro

Si tuviera que definir los últimos tres años, creo que la palabra que podría usar que más se ajustaría a la realidad sería que fueron atípicos. La primera decisión para considerarlos así fue presentarme a las oposiciones para acceder al cargo de inspector de Policía Nacional en España. Esta decisión hizo que me pasase casi un año encerrado para poder estudiar las oposiciones, sin prácticamente hacer otra cosa. Afortunadamente los esfuerzos tuvieron su fruto y obtuve una excelente calificación en las mismas que me permitió acceder a la academia de la Policía Nacional que se encuentra en Ávila, una preciosa ciudad amurallada situada al norte de Madrid. Una vez superado el examen de oposición, la formación en la academia era de dos años. Dos años que ya son duros en condiciones normales, pero que se hicieron aún más duros, como le ha pasado a la mayoría con la llegada de la Pandemia del COVID19. Sin entrar en detalles del caos y la frustración vivida durante este tiempo, que seguramente será parecida al de casi toda la población mundial, conseguí graduarme como inspector de Policía y, a falta de destino, pude celebrar la jura con mi promoción, virus mediante, de una forma relativamente normal. La ceremonia fue muy emotiva. Todos uniformados sobre el césped de un enorme campo deportivo que estaba rodeado de una pista de atletismo de un rojo aún más intenso de lo habitual debido al reflejo del sol. Esa mezcla de rojo y verde contrastaba con el azul de los uniformes y el blanco de guantes y mascarillas de todos los que allí nos graduábamos, cuando la ministra del interior comenzó a dar un discurso para felicitarnos y agradecernos nuestra disponibilidad para con nuestro país. La ceremonia transcurrió con normalidad más allá de todas las medidas excepcionales que la pandemia habían obligado a tomar.

Al acabar el acto, fui a saludar a mi amigo Edu, uno de mis mejores amigos en la academia y un apoyo imprescindible para que hubiera conseguido llegar a ser inspector de Policía.

-Inspector. Mi más sentida enhorabuena – dije sonriendo mientras Edu se giraba para ver quien era y yo le mostraba mi puño para chocarlo.

-Anda y ven “paquí” gilipollas y dame un abrazo, tanta pandemia y tantas hostias ya.

-¿Es tu familia?

-Sí, son mis padres y mi hermana. ¿Los tuyos no han venido? – preguntó dándose cuenta sobre la marcha de la obvia respuesta – No he dicho

nada. ¿Quieres venir a celebrarlo con nosotros?

-Te lo agradezco, pero no. Una cosa es darnos un abrazo y otra cosa es irme a comer con tu familia. No me perdonaría ser yo quien les pudiera contagiar el puto bicho este que nos amarga la existencia. Pero cuando esto acabe, que acabará, queda pendiente esa celebración.

-Cuídate mucho hermano.

-Lo mismo te digo.

Comencé a irme mientras saludaba en la distancia a varios compañeros, cuando una voz me sobresalto.

-Enhorabuena, señor Tejerina.

Capítulo 2

I

Madrid, el día del secuestro

No me lo podía creer. Seguramente era la última persona a la que esperaba ver en un acto como en el que estábamos. Sin embargo, me hizo muy feliz y me sentí muy acompañado. Instintivamente me lance a darle un fuerte abrazo.

-Cómo le gusta tocarme los cojones llamándome por mi apellido ¿verdad?

-A estas alturas de la película y ¿me vas a seguir tratado de usted?

-¿Qué haces aquí?

-No entiendo la pregunta. He venido a ver tu jura como inspector de la Policía Nacional del Reino de España.

-Diciéndolo así, parece más importante de lo que es.

-No menosprecies lo que acaba de pasar aquí hoy Jorge. Es el primer paso para una nueva vida en la que ayudarás a mucha gente y salvarás muchas vidas.

-Ya será menos.

-Además, vengo para amortizar mi inversión.

-Ya me parecía a mí que algo tenía que haber detrás de una visita tan inesperada.

-La visita no es inesperada. Es una sorpresa y lo tengo organizado desde hace meses. Lo inesperado es lo que ha pasado esta mañana y para lo que necesito de tus servicios. Tengo que visitar a un viejo amigo. ¿Tienes planes ahora?

-Por supuesto que no. Y aunque los tuviera, ha venido a verme, hacemos lo que usted quiera.

-Vente conmigo y te cuento todo con calma. Y por cierto.... Como me

vuelvas a tratar de usted, te daré una buena patada en los cojones.

Los dos soltamos varias carcajadas que se oyeron tan fuertes como las mascarillas lo permitieron. Era un acto de respeto mutuo que, aunque ambos intentábamos evitar, no podíamos dejar de tratarnos de usted y los dos nos lo reprochábamos constantemente. Nos montamos en su coche y nos volvimos a Madrid hablando de cosas triviales y recordando historias pasadas. Le agradecí, por enésima vez, su ayuda, tanto económica como afectiva. De una manera completamente desinteresada había costeadado todos mis estudios y mi manutención. El master, el año que preparé la oposición, estos dos últimos años en la academia. Además, me matriculé en cursos de formación especiales que nadie en la academia sabía que existían ni habían oído hablar nunca sobre ellos. Expertos de cada materia venían a la academia a impartirme los cursos de forma individual y personalizada. Criminología, ciberdelincuencia, protocolos de defensa antiterrorista, visión geoestratégica y resolución de conflictos, negociación, defensa personal y varias artes marciales de lo más diverso. En fin, que me había proporcionado unas herramientas que habían facilitado mucho que yo llegaré a ser inspector, por no decir que habían sido indispensables.

II

Madrid, el día del secuestro

Dejamos el coche en un edificio que parecía de algún organismo institucional o embajada pero que no tenía distintivo alguno. Cogimos un taxi que nos dejó en la Plaza de Cibeles y caminamos subiendo Gran Vía. No había una cantidad excesiva de gente, lo que permitía transitar sin problema excesivo, cosa que sucede rara vez en esta parte de la ciudad. El tráfico, a pesar de ser ruidoso, se mimetizaba con el entorno comercial y pasaba prácticamente desapercibido para los viandantes. Junto a la estación de Gran Vía, que seguía cerrada por obras, había dos homeless con un perro que ladraba cada vez que la flauta de uno de sus dueños finalizaba una melodía. Dejamos atrás el edificio de la Fundación Telefónica. Stradivarius, Décimas, un Starbucks y un Pans&Company nos escoltaron hasta el magnífico edificio que Primark había alquilado para ser una de las principales referencias comerciales de la capital de España. La globalización ha provocado situaciones curiosas. El edificio alquilado en su totalidad por Primark, aloja en sus bajos comerciales a H&M, Mango o Lefties, tres de sus principales competidores. Además, el edificio es propiedad de Amancio Ortega, a su vez propietario de Inditex, cuya marca estrella Zara es el principal competidor de Primark. Entre tiburones anda el juego. Nos cruzamos con dos niñas gemelas, de unos ocho años, con la

camiseta igual, de color rosa. En el pecho aparecían sus caras sacando la lengua. Nos fuimos acercando al cartel de Shweppes hasta llegar a la plaza de Callao. Cuántos recuerdos me traía esa plaza. Observé un chico con su ordenador en el ventanal del piso superior del Starbucks con añoranza.

Los cines Callao habían vuelto a la actividad. La pandemia había hecho estragos en establecimientos y negocios, fundamentalmente relacionados con el ocio. Parecía que la normalidad se estaba aproximando, pero entre cepas y variantes, se percibía su llegada demasiado lenta, muy poco a poco y aún lejos en el horizonte. La calle del Postigo de San Martín tenía varios establecimientos cerrados con el cartel de alquiler que no destacaban negativamente gracias a un par de terrazas llenas de gente que le daba vida a la calle. Charlando de las consecuencias de la pandemia y elucubrando sobre cómo sería el futuro que nos esperaba, llegamos sin apenas darme cuenta a la plaza de San Martín, al lado del Monasterio de las Descalzas Reales. Una sensación de extrañeza y familiaridad me invadió de repente.

-Mira que librería de antigüedades hay en aquella esquina. Vamos a acercarnos.

-¡Pero si es la librería de Rafa!!

-¿Rafa?

-Trabajé aquí una temporada antes de El maravilloso viaje que usted me organizó.

-Yo no organicé nada y ya te he dicho que dejes de tratarme de usted – dijo con una sonrisa picarona en la cara - ¿quieres entrar a saludarle?

-Pues sí. Hace tiempo que no sé nada de él. La academia me absorbió por completo.

Atravesamos la plaza dejando a la derecha el palacio San Martín donde había un grupo de turistas con un guía que les explicaba las maravillas de la ciudad. Abrí la puerta de la librería y Rafa estaba en las estanterías del fondo. Se giró y sonrió cuando me vio.

-Por fin han llegado mis chicos – dijo ante mi cara de incredulidad.

-¿Tus chicos? – pregunté al mismo tiempo que percibí una ligera sonrisa debajo de ese profundo bigote.

-¿Aún no le has dicho nada? – preguntó Rafa divertido.

-No, Maestro.

III

Madrid, tres años antes

El campus universitario de la Universidad Complutense de Madrid estaba lleno de estudiantes, unos que habían finalizado alguno de sus exámenes, otros a punto de entrar a hacer el siguiente. La facultad de derecho tiene justo en frente el edificio multiusos, famoso por su amplia plaza central donde los estudiantes los fines de semana hacen botellón. Era comienzos de septiembre y la temperatura era ideal para estar sentado en la plaza. Salí exultante. Acababa de terminar el último examen de la carrera universitaria. Ya tenía el resultado del resto de exámenes que había hecho en la convocatoria extraordinaria de septiembre que, por un inesperado viaje que me deparó el destino, no pude hacer unos meses antes cuando me habría correspondido. Me había salido redondo. Así que extraoficialmente había terminado. Requisito para poder irme a casa y buscar un billete de avión para poder ir a Boston para estar con Lucía. Habíamos quedado los amigos que, tras este último examen, nos tomaríamos unas cervezas en la plaza del multiusos. Bajé hacia donde estaban todos. Cuanto antes acabase la cerveza, antes podría irme y hablar con Lucía. Eran las doce de la mañana, lo que quería decir que en Boston serían las seis de la mañana. Tenía un par de horas aún antes de que Lucía se despertase.

-¿Qué tal el examen?

-Pues bien, la verdad, no me puedo quejar.

-Para haber desaparecido en los exámenes de primavera, la verdad es que

has vuelto con ganas ¿eh, cabrón?

-Anda, dame una cerveza.

-Se las ha llevado Sofía, están allí.

Me acerqué a donde estaba el grupo de chicas con las que solíamos salir durante los años de la universidad. Yo el último año, apenas las había visto porque había conocido a Lucía y había abandonado un poco las rutinas del grupo de amigos para pasar más tiempo con ella.

-Sofí, ¿tienes tú las cervezas?

-¡¡ Anda Jorge!! Dichosos los ojos que te ven. ¿Dónde está la italiana "roba amigos"?

-Te voy a dar yo a ti "roba amigos" – le dije mientras cogía una cerveza.

-Si al menos tuvieras Instagram, sabríamos algo de tu vida.

-Las redes sociales están sobrevaloradas, no me interesan en absoluto.

-Pero a Paula sí que le interesa verte – dijo Sofía mientras el resto sonreían maliciosamente, Paula cambiaba a un color rojo ceniza y yo me iba para no dar pie a que la conversación se fuera por unos derroteros que no me interesaban.

Mientras volvía a donde estaba mi grupo de amigos, noté una vibración reiterada en el bolsillo. Saqué el móvil y vi una llamada de un número oculto.

-¿Diga?

-Tenemos que hablar, señor Tejerina.

Capítulo 3

I

Madrid, el día del secuestro

La situación fue tan rara como completamente inesperada. No entendía muy bien si lo que estaba pasando era una broma o me había perdido algo durante mucho, mucho tiempo.

-¿Maestro?

-El señor Larsson es un poco maquiavélico, pero que te voy a contar a ti. Suponía que antes de venir te habría puesto al día, pero ya veo que no ha sido así.

-Sólo por ver la cara que se le ha quedado, ha merecido la pena Maestro.

-A ver Jorge, te lo voy a

-¿Maestro? ¿No me vendréis ahora con el puto Club de los inventores otra vez? ¿verdad? Buen invento tuviste en su momento con toda esa mierda.

-Jorge, el club existe y es tan real como que amanece cada mañana.

-Pero Rafa... – miles de recuerdos pasaron en apenas unas décimas de segundos por mi cabeza y muchos puntos se unieron, dando sentido a incógnitas que me embargaron en su momento pero que habían quedado enterradas en lo más hondo de mis pensamientos.

-Sí, Jorge.

-Por eso....

-Vamos a ver señor Tejerina. Si le parece bien a usted – dijo con mucho sarcasmo remarcando profundamente la palabra usted – luego nos tomamos unas cervezas y le explicamos todo. Pero ahora, hay algo que es muy urgente y para lo que necesitamos su ayuda. Maestro, ¿te parece bien si le llevo a la sede para ponerle al día y quedamos los tres para

cenar y ponernos al día?

-Me parece bien. Jorge, olvídate de lo que pasó hace tres años. Céntrate en ayudarnos ahora y esta noche te responderé todas las preguntas que tengas sobre el club, sobre mi y sobre lo que paso hace tres años.

II

Madrid, el día del secuestro

Desandamos el camino hasta volver de nuevo a Gran Vía a la altura de la plaza de Callao y cogimos otro taxi que nos volvió a llevar al edificio donde habíamos aparcado el coche. El edificio era de piedra blanca, muy parecido al de la antigua casa de correos que alberga ahora al ayuntamiento de Madrid en la plaza de Cibeles.

-Buenos días, Charlie. ¿Todo en orden?

-Todo en orden – respondió el conserje mientras se levantaba para acompañarnos.

Era un hombre enorme. Mas de dos metros y más de cien kilos. Hacía pequeño al señor Larsson que, os aseguro, tiene una envergadura considerable. Nos montamos en un ascensor metálico que estaba al fondo del pasillo. Al entrar, justo debajo de los botones que indicaban que el edificio tenía seis alturas, había una placa metálica cuadrada del tamaño de una tarjeta de crédito idéntica a la que había en la parte exterior bajo el botón para llamar al ascensor. El señor Larsson sacó una tarjeta de su cartera. Charlie sacó una tarjeta similar de su chaqueta. Al mismo tiempo colocaron sus tarjetas sobre ambas placas interior y exterior y las puertas del ascensor se cerraron y el ascensor comenzó a moverse. La sensación fue extraña, porque mi mente esperaba un movimiento ascendente y se produjo en el sentido contrario. Diez segundos después, se abrió la puerta del ascensor. No pude evitar sonreír y el señor Larsson se dio cuenta.

-¿Todo bien Jorge?

-Sí, todo bien – dije mientras le miraba sin dejar de sonreír.

-No me digas que a estas alturas te ha sorprendido que tuviéramos unas oficinas secretas.

-Pues la verdad es que no. Sin embargo, cuando las puertas del ascensor se abrieron no he podido evitar recordar la escena de la película “men in black” cuando al abrirse las puertas del ascensor, Will Smith se encuentra unas oficinas llenas de extraterrestres.

-Siento que no se hayan cumplido tus expectativas. Lo más parecido a un extraterrestre es la señora Runiquer – dijo señalando a una señora de edad avanzada que estaba sentada a la entrada de la oficina y había escuchado toda nuestra conversación.

-Que te follen Josué – dijo mientras sonreía enseñándole su dedo corazón – y bienvenido Jorge. Todos están impacientes por conocerte.

-¿Todos están impacientes por conocerme? – dije incrédulo sin saber muy bien quienes eran todos.

-Todo el mundo aquí conoce el viaje que hiciste hace tres años y tu historia con Lucía.

-Aún la echo mucho de menos, señor Larsson.

-Y yo Jorge. Y yo.

III

Madrid, tres años antes

Mientras volvía a donde estaban todo el grupo de mis amigos, note una vibración reiterada en el bolsillo. Saqué el móvil y vi una llamada de un número oculto.

-¿Diga?

-Tenemos que hablar señor Tejerina.

-¿Señor Larsson?

-Sí Jorge. Soy yo.

-Señor Larsson, acabo de terminar mi último examen – dije emocionado y excitado – y en cuanto me tome unas cervezas con mis compañeros de clase, me iré a casa a comprar un billete de avión para irme a Boston. Tengo muchas ganas de estar con Lucía. Ahora ya no hay ningún motivo para que no pueda estar con ella mientras dura el tratamiento.

-Jorge

-Tengo que dejar todo cerrado – seguí hablando sin tener en consideración lo que intentaba decirme mi interlocutor – dejar el alquiler del piso, embalar mis cosas y dejar en algún lado lo que no me voy a llevar a Boston. Estoy seguro señor Larsson de que todo va a ir muy bien y, en cuanto Lucía esté recuperada, ya nos plantearemos que hacemos con nuestra vida. Tengo muchos planes. He pensado que...

-Jorge...

-... podríamos irnos una temporada a....

-¡¡Jorge!! – dijo ya el señor Larsson elevando la voz.

-¿Sí? ¿qué pasa?

-Jorge, Lucía ha fallecido. Su cuerpo no ha aguantado el tratamiento.

Silencio. Vacío. Ambigüedad. Esos segundos en los que el mundo se para y aún no has dado la oportunidad a la angustia y a la desesperación a que invadan tu alma. La sensación de ser enterrado en la nada más absoluta, en la vacante más profunda, en la caverna más recóndita del ser. Silencio. Vacío. Ambigüedad. Ignorante ambigüedad.

-¿Qué...?

Y de repente ahí está. La angustia. El palpar en el pecho. La debilidad en las extremidades. El vacío en el estómago. Cada segundo más palpitaciones, más debilidad, más vacío. Las palabras no salen porque para que el cerebro las ordene, es necesario que las asuma, y no las quieres asumir. Quieres haber escuchado mal. Estar confundido. Estar

dormido y despertar de esa horrible pesadilla. Pero no despiertas. La falta de aire no te impide respirar. El temblor de las manos aún te permite sostener el teléfono pegado a la oreja. A pesar de sentirte inmóvil, puedes moverte. Y en ese preciso instante, llega el golpe de realidad.

-Jorge, nos volvemos a Roma para darle a Lucía el entierro que se merece. Nos gustaría que vinieses al funeral.

Y llegó el duelo. Comienza el proceso para que las citosinas y los glucocorticoides hagan su función. Aún no había colgado el teléfono y ya había entrado en la primera fase. La negación. Conocía el proceso. Sabía lo que pasaría. Era consciente de que la ira, la negociación, la depresión y la aceptación me esperaban a la vuelta de la esquina. Y, sin embargo, no podía dejar de repetirme a mí mismo que no era verdad, que Lucía no podía haber muerto, que seguro sería un error. Y las lágrimas comenzaron a brotar y el cansancio invadió mi cuerpo que, no sin cierta dificultad, se sentó en el suelo, no recuerdo si aún con el teléfono en la mano o no.

Capítulo 4

I

Madrid, el día del secuestro

Entré junto al señor Larsson en una sala a la que accedimos tras girar dos pasillos. Era una sala luminosa con grandes ventanales que daban a florados jardines. Por supuesto, estando varios metros bajo tierra, tanto los ventanales como los jardines era digitales, pero hacían la función. Nos sentamos en la mesa redonda. No me dio tiempo a presentarme a ninguna de las personas que compartían mesa con nosotros cuando una chica joven, pelirroja de larga y lisa melena, alta lo justo y sexy en exceso, entró de forma decidida en la sala provocando un silencio tan absoluto como repentino. Decidí permanecer en silencio y escuchar de que iba aquella historia para ver en que les podía ayudar un joven recién licenciado en la academia de policía.

-Buenos días a todos. Como ya sabéis la situación es muy urgente y podría ser muy grave. Todos estáis al tanto de la muerte de Marco esta misma mañana.

-El asesinato, querrás decir – dijo un chico de gafas de pasta muy menudo que estaba a mi derecha.

-Efectivamente Lapuente. El asesinato de Marco – dijo la pelirroja con cierto pesar –. Lo que aún no os hemos dicho, es que con Marco iba Ruth y la han secuestrado.

-¡¡No me jodas!! ¿por qué cojones no nos lo habéis dicho antes?

-Pues porque queríamos estar seguros de en qué situación estábamos Jambrina, y ahora creemos que ya sabemos qué ha pasado.

-Pues tu dirás jefa – dijo Lapuente incorporándose en la silla para prestar atención.

-La situación es la siguiente. Marco Piove, 34 años, de procedencia italiana y miembro del equipo Anaxágoras – miré para el señor Larsson para ver si entendía lo del nombre, pero no dijo nada –. Llevaba con nosotros desde hacía seis años. El caso lo está investigando una inspectora del cuerpo de

policía que se llama Conchita Alfaro. Lo está enfocando como un posible asesinato y no hemos informado sobre el secuestro.

-¿Y por qué no? Podrían....

-Porque nuestros trapos sucios los lavamos nosotros Jambrina, cojones – dijo la pelirroja levantando la voz de una forma muy violenta –. Sigo. Del caso del asesinato se va a encargar nuestro invitado el señor Tejerina, al que todos conocéis. El acudirá al escenario del crimen en cuanto acabemos la reunión y estará a disposición de la inspectora al mando del caso.

Me quede anonadado. Trate de obtener más información mirando hacia todos lados con escaso éxito. El señor Larsson estaba completamente inmóvil sin actividad alguna de emoción ni de pensar en transmitirme la información que buscaba. Así que decidí no decir nada y esperar al final de la reunión. No entendía que pintaba yo en un caso de asesinato cuando no tenía ninguna experiencia, ni porque había dicho que todos me conocían ni porque cojones me había llamado nuevamente por mi segundo apellido << mi primer apellido es Smith cojones, Smith, no Tejerina >>.

-Respecto al motivo del asesinato – prosiguió la pelirroja – creemos que fue con el único objetivo de secuestrar a Ruth.

-Y ¿qué motivo tendrían para querer alguien secuestrar a Ruth? Tan sólo lleva tres años con nosotros y es el eslabón más bajo del escalafón de mando. No lo entiendo – comentó Jambrina.

- Se dice eslabón más débil.

-¿Qué?

-Nada déjalo – dijo Lapuente con cara de resignación.

-Aquí es dónde venía el motivo por lo que no os lo hemos dicho antes y por lo que este asunto podría tener una cierta gravedad. Llevamos tiempo sospechando que JL ha montado una organización paralela cuyos fines ... digamos que se podrían considerar poco éticos. Llevamos tiempo siguiendo movimientos que consideramos extraños respecto al hackeo de cierta información de organismos institucionales por todo el mundo. Ha habido ataques cibernéticos. E incluso creemos que están detrás del movimiento social LIS y todos los movimientos antivacunas y la generación de gran parte de las "fake news" que llevan circulando meses. Al investigar el origen y poder rastrear uno de los centros desde donde

creemos que están operando, un activo croata pudo sacar esta foto.

La pelirroja puso una foto de un hombre de unos sesenta años. Alto, delgado. Cabello blanco y ligeramente calvo. Vestido completamente de negro.

-¡Será hijo de puta!! – grito Lapuente.

-¡Es JL, no hay duda!! – confirmo Jambrina.

-Sí y sí – dijo con cierto sarcasmo la pelirroja – y creemos que tienen a Ruth.

-¿Y qué cojones quieren de Ruth, Romanka? <<ya sé cómo se llama la pelirroja>>.

-Pues creemos que buscan la lista “Arrebol”.

-No puede ser.

-¿Entendéis ahora la gravedad del asunto?

II

Madrid, el día del secuestro

Evidentemente, yo no tenía ni idea sobre qué era la lista “arrebol” de la que hablaban, pero por la cara que se le quedo a todo el mundo y especialmente al señor Larsson, tenía que ser algo importante.

-¿Estás segura Romanka?

-No Josué, pero creemos que es lo único que podría tener sentido.

-¿Han intentado acceder a los servidores?

-Aún no y ojalá estemos equivocados. En cualquier caso, le hemos pedido a Lázaro que esté día y noche pendiente y ha metido unos filtros. Si alguien trata de hackear esos servidores, lo sabremos inmediatamente.

-Y ¿sabemos de cuánto tiempo disponemos en caso de que lo intenten?

-En cuanto consigan acceder a los servidores y suponiendo que tengan un sistema de encriptación como el nuestro, Lázaro considera que en el mejor de los casos setenta y dos horas antes de que descodifiquen el acceso.

-Pues borremos los servidores – dijo el señor Larsson muy serio.

-Ya lo hemos pensado, pero no es posible. Aunque consiguiéramos borrar sólo los servidores donde está la lista "arrebol", la perderíamos si no podemos acceder a ella antes para hacer una copia de seguridad en otros servidores.

-Pues la perdemos, mejor perderla a que ese impresentable se haga con ella.

-Sí Josué, pero no me has dejado terminar. Si recuerdas hace años sospechamos que un miembro del club podía estar filtrando información a los centros de contraespionaje de algunos países.

-Lo recuerdo.

-Pues desde aquel momento, montamos un sistema de seguridad mediante el cual, si había algún intento de borrado o acceso indebido a la información desde dentro de nuestras instalaciones, habría un bloqueo de todos los servidores, repito, de todos, y se produciría un borrado en 48 horas si no realizamos el pertinente desbloqueo.

-No me jodas.

-Ya lo sé. No está bien pensado viéndolo ahora con perspectiva. Supongo que cuando decidisteis eso en su momento, tendría sentido para solucionar el posible problema. En fin, que la única opción que tenemos es encontrar y descifrar la clave de acceso a los servidores antes de que lo hagan ellos. Hacer una copia de seguridad y borrar la información para que cuando accedan a los servidores no se encuentren nada. Y en este punto es donde necesitamos la ayuda del señor Tejerina << nuevamente

mi apellido, me estaba empezando a cansar >>.

-Pues pongámonos manos a la obra.

-Necesitamos que el señor Tejerina

-Perdona, me llamo Jorge, Jorge Smith – protesté.

-Mierda – oí de repente al fondo mientras Lapuente se levantaba y sacaba un billete de cincuenta euros para dárselo a Romanka – realmente pensé que aguantaría al menos cinco veces.

-No entiendo – dije un poco aturdido – ¿me estáis vacilando?

-Josué nos dijo lo que te tocaba los cojones que te llamasen Tejerina y les aposté a que no aguantabas ni cinco veces y, como ves, he ganado – dijo Romanka orgullosa.

-Han matado a un compañero, han secuestrado a la que supongo es una compañera, y por lo poco que he podido entender, algún malo malísimo está intentando robar una información trascendental para la supervivencia de la humanidad – dije de forma exageradamente sarcástica – y vosotros ¿os dedicáis a vacilarme?

-Recuerda una cosa Jorge – dijo el señor Larsson muy serio – siempre hay tiempo para el humor. Pase lo que pase. Siempre hay tiempo para el humor. No lo olvides nunca.

-¿Alguien me va a explicar qué cojones es toda esta historia y que pinto yo en ella?

-Sí Jorge, o ¿prefieres que te llame señor Smith? – Romanka sonrió y yo puse cara de pocos amigos – te pondremos al día de todo en la reunión que tendremos mañana a primera hora. Ahora es imprescindible que te vayas a la escena del crimen antes de que levanten el cadáver. La inspectora Alfaro te espera. Nos vemos aquí a las 7:00 mañana.

Y sin más, se levantó y sin ni siquiera presentarse o saludarme, se fue. Lapuente y Jambrina pasaron por detrás de mí y con una pequeña palmada en la espalda me dieron la bienvenida y salieron de la sala.

-Vamos Jorge. Te acompaño a tu coche.

-¿Mi coche? – el señor Larsson sonrió. No sé de qué me extrañé.

III

Roma, tres años antes

La Piazza Spagna estaba llena de gente. Languidecía ya un soleado día y las farolas comenzaban a tener vida, con esa luz tenue que, según Amado Nervo, alumbra en los osarios la luz agonizante del sol, dándoles nimbos de cárdenos reflejos. Bajé las escaleras lentamente, con la desidia del que se ve obligado y la frustración del que no puede evitarlo. Llegué al portal. Todo seguía igual. Nada había cambiado. El número 5 de la Via Condotti era el primer portal a la izquierda según encaré la calle. El portal estaba situado en un edificio que hacía esquina con la propia Piazza di Spagna, entre escaparates de Dior y Gucci. Era una de las calles principales de moda en Roma donde se situaban las tiendas de las marcas más prestigiosas. La tienda de Gucci ocupaba el bajo comercial a la derecha del portal y el bajo comercial del edificio contiguo. A la izquierda Dior tenía un local más pequeño que era compensado con todo el primer piso del edificio como indicaban los carteles distribuidos por todas las ventanas. En frente del portal, en otro enorme bajo comercial, estaba Prada. Me acerqué al portal. Había un timbre muy antiguo. Un único botón. Estaba bastante nervioso. Cogí aire y llamé. De repente la puerta se abrió con un electrónico y potente ruido. Respiraba con dificultad y sentía una fuerte presión en el pecho. La puerta era antigua y me costó darle el primer empujón para abrirla. Dentro del portal un ascensor de rejilla me esperaba << que poco me gustan esos cacharros viejos >>. El corazón empezó a latirme a mil pulsaciones por segundo mientras entraba en el ascensor. Apreté el botón con la flecha para arriba que acompañaba a un segundo botón con la flecha para abajo. Me sudaban las manos. El ascensor comenzó a subir. Sonó el clic que indicaba que ya se podía abrir la puerta. Abrí y salí. Había dos puertas, una a cada lado. Estaba dudando sobre a qué puerta acercarme cuando la de la derecha se abrió. Cuando Giuseppe (para mí siempre será Geoffrey) abrió la puerta. Sufrí un "deja vu" rememorando meses atrás una situación muy parecida, pero con una gran diferencia. La última vez albergaba esperanza y en ese momento me invadía la desesperanza. Giuseppe me acompañó al salón donde meses antes había conocido al señor Larsson.

-Buenos días de nuevo señor Tejerina.

-Podría usted dejar de llamarme señor Tejerina.

-Sí, podría. ¿Le ha gustado el funeral?

-¿Existe la posibilidad de que un funeral le pueda gustar a alguien?

-Pues quizá tenga usted razón. El motivo por el que le he pedido que vinera ahora es porque quería comentar con usted un tema relevante sobre su futuro.

-¿Sobre mi futuro? No entiendo.

-¿Qué va a hacer a partir de ahora Sr. Tejerina?

-¿En serio? ¿Ni siquiera ahora va a llamarme Jorge y a tutearme?

El Sr. Larsson me miró fijamente a los ojos. Sus ojos estaban humedecidos y su mirada era triste. No parecía que fuera a ponerse a llorar ni mucho menos, pero mostraba su cansancio. A pesar de todo no parecía estar afectado como un padre estaría por haber perdido a su hija. De repente y pillándome por sorpresa me dio un fuerte abrazo. Largo. Mantenido. Haciendo presión con sus enormes manos. Progresivamente, poco a poco, hasta que me soltó.

-Jorge – dijo con una medio sonrisa al tutearme esta vez – Lucía era mi única hija. Ahora ya no está. Y por cómo te has portado con ella y por cómo la has querido, tú eres lo más parecido a un hijo que voy a tener. Por eso – continuó para evitar que yo me pusiera a llorar, ya que estaba visiblemente emocionado al escucharle decir aquello – cuéntame qué es lo que tienes pensado hacer a partir de ahora.

-Pues no sé si hacer el máster que tenía pensado o preparar oposiciones a inspector de policía. Lo que más me apetece ahora mismo es esto último, pero, en el mejor de los casos, tardaría tres años y eso teniendo en cuenta que saque la oposición en un año, casi imposible si tengo que trabajar y además no puedo pagar una academia. Pero aún necesito pensarlo.

-Voy a ayudarte a decidirte. Si mis cálculos no me fallan, estás pagando unos 300 euros de alquiler en la casa que compartes con esos dos

trogloditas que dicen ser tus amigos – se me escapó una risa mientras él continuó hablando –. Además, entre gastos de casa y comer, podemos hablar de unos setecientos euros al mes. Si le añadimos el coste de la academia nos iríamos a casi mil euros todos los meses. Eso son doce mil euros para que puedas preparar las oposiciones centrándote al cien por cien sin distracciones de varios trabajos. Si no estoy mal informado, una vez apruebe y comience la preparación en Ávila ya cobrará un sueldo que le permita vivir bien.

-Veo que estás muy bien enterado y, por cierto, me vuelves a tratar de usted – él sonrió al darse cuenta.

-En caso de que no fueras capaz de sacar las oposiciones el primer año necesitarías el doble, unos veinticuatro mil euros y eso te metería una presión añadida que podría ser contraproducente para estar centrado en lo importante. Por este motivo te he abierto una cuenta a tu nombre en el banco Santander con cien mil euros. Creo que será más que suficiente tanto para preparar las oposiciones como para hacer el máster, o ambas cosas, si es eso lo que decides.

-¿qué ha abierto...

No sé por qué me extrañé. No se me había olvidado cómo funcionan las cosas con esta familia. Tras negarme varias veces y él rechazar mi negativa, no me quedó más remedio que aceptar y darle mi palabra de que estaría en deuda con él para lo que necesitará. Él, tras darme una tarjeta y decirme que me pusiera en contacto con una asesora fiscal de su confianza que sabría cómo presentar la declaración de la renta para no tener problemas, me aseguró que seguiríamos en contacto.

-Como se ofrece usted a estar en deuda conmigo, sí le voy a pedir algo a cambio de mi ayuda.

-Lo que sea.

-Una vez que apruebe usted las oposiciones e ingrese en la academia en Ávila, tendrá que recibir unos cursos adicionales de formación de mi elección que le ayudaran en su desarrollo profesional. No es opcional.

-No sé a qué cursos se refiere, pero no pongo ninguna objeción. Sólo una condición.

-¿Una condición? – preguntó sorprendido.

-No me puede volver a tratar de usted ni a llamarme señor Tejerina.

-Lo mismo le digo señor Tejerina – respondió mientras los dos nos reíamos a carcajadas.

Lo cierto es que mucho contacto no habíamos tenido desde ese día. Eso sí, no había pasado Navidad sin que me llamara y también recibí sus felicitaciones cuando aprobé la oposición.

Capítulo 5

I

Madrid, el día del secuestro

El señor Larsson me acompañó hasta el coche en el garaje donde unas horas antes habíamos aparcado. Nos acercamos a una especie de cuatro por cuatro, pero con forma de sub de color negro.

-¿Es un Tesla?

-¿Crees que con la tecnología de la que disponemos íbamos a usar un Tesla? – dijo divertido – digamos que es un coche que no te vas a encontrar por ahí.

-¿Me vas a explicar de que va toda esta historia?

-En la cena te lo explicaremos todo. No te preocupes. Ahora te tienes que ir. ¿Sigues con el teléfono que te regalé? ¿verdad?

-Sí, con el último. Cada año me has regalado uno diferente y me has obligado a devolverte el anterior. El mensajero nunca había visto algo igual.

-La tecnología avanza – dijo sonriendo.

-Pues yo no he notado ninguna diferencia. Es un Iphone, pero cada vez más nuevo, aunque sirve para lo mismo que el anterior.

-Exacto. – afirmó sin mucha convicción – Aquí tienes tu placa y tu pistola.

-¿Cómo que mi placa y mi pistola?

-Eres el inspector al cargo de la Unidad de Operaciones Supranacionales, UOS.

-Esa unidad no existe. Conozco bien el organigrama de la Policía Nacional.

-La verdad es que conoces sólo lo que conoce todo el mundo y te han enseñado en la academia. Hay muchas unidades y grupos casi desconocidos, e incluso secretos, que actúan con cierta... digamos independencia y que reportan más arriba que los superiores jerárquicos de la policía. La UOS se ha creado hace años y te ha sido asignado como primer destino tras la academia. Enhorabuena. En el GPS del coche tienes las coordenadas donde te encontrarás con la inspectora Alfaro y... con una sorpresa.

-¿Otra? Dile a Rafa... perdón, al Maestro – dije con un poco de guasa – que vamos a necesitar varias botellas de vino porque se prevé una larga noche.

-Pensé que usted no bebía señor Tejerina – dijo guiñándome el ojo.

-Algunas cosas cambian, otras, como ese horrible mostacho que llevas en la cara, no.

Los dos nos reímos a carcajadas. Me metí en el coche. El coche me saludó por mi nombre, esta vez sin hacerme la broma del apellido, y me indicó hacia donde nos teníamos que ir para la reunión que estaba programada. En la cena me tendrían que dar muchas explicaciones.

II

Madrid, el día del secuestro

El parque norte estaba completamente acordonado por la policía. Aparqué justo al lado del hospital de la Paz. Cuando apague el motor del coche, el ordenador de a bordo me avisó que procedía a pagar la zona de estacionamiento regulado y que lo renovarí hasta que volviese. Salí del coche y me encontré en frente las cuatro torres de Madrid, bueno, ahora las cinco torres, o quizás cuatro torres y media, ya que la quinta torre que alberga la escuela de negocios Instituto de Empresa es la mitad de tamaño que las otras cuatro. Este área financiera se construyó sobre la antigua ciudad deportiva del Real Madrid, operación muy comentada en su momento porque sirvió para “limpiar” las finanzas del club y acabar con sus deudas históricas. El primer cordón policial estaba en la misma

entrada del parque. Un agente me detuvo para impedirme el paso.

-El parque está cerrado señor, tendrá que rodear por el paseo exterior.

-Soy el inspector Smith, agente – dije mientras sacaba mi placa por primera vez en mi vida – de la UOS. Estoy buscando a la inspectora Alfaro. Me han dicho que me espera.

-Sí señor – dijo el agente poniéndose firme ante un superior – hemos cerrado todo el parque. El cadáver se encuentra bajando este camino unos trescientos metros. Allí encontrará a la inspectora.

-Muchas gracias agente – respondí mientras atravesaba el cordón policial.

Desconocía cual era el motivo por el que habían cerrado todo el parque. Supongo que para evitar miradas curiosas incluidas las de la prensa. Bajé el camino que me indicó el agente. Dejé atrás un parque infantil y vi a lo lejos el segundo cerco, esta vez ya con todo el operativo. Otro agente, que estaba hablando con quien supuse era un forense, me vio y vino rápidamente a mi encuentro, supongo que para indicarme que no podía estar allí. Repetí por segunda vez el mismo procedimiento que unos segundos antes enseñando mi placa, y el agente me acompañó a donde estaba la inspectora.

-Buenos días, soy Jor...

-Cállese un minuto – dijo una chica más o menos de mi edad que estaba agachada mirando la escena del crimen con mucha atención.

En el parque había una escultura de unas alas gigantes subidas a algo parecido a un púlpito, donde la gente se podía subir para que, otra persona desde abajo y jugando con la perspectiva, sacase una foto en la que pareciese que las alas pertenecen al protagonista del retrato. La chica, que supuse que era la inspectora, se levantó, pero continuó observando la estatua dándome la espalda. A pesar de lo sangriento de la imagen, con el muerto colgado con los brazos abiertos a modo de ángel con las alas por detrás y un montón de marcas de sangre, que no podía ver bien, por el suelo, no pude evitar fijarme en la escultural figura de la mujer que tenía delante. Pantalones vaqueros bien apretados sobre unas firmes, fibrosas y largas piernas y un culo que nada tenía que envidiar a

ningún otro que yo hubiera visto. Por fin, acabó lo que estuviera haciendo y se dignó en girarse y mirarme, pero sin decir nada.

-Soy el inspector Jorge Smith de la...

-Ah, el otro – dijo sin dejarme terminar – ¿cuántos policías se necesitan para desenroscar una bombilla?

Evidentemente conocía el chiste, pero en ese momento no supe que decir. No quería ser descortés pero tampoco que se me subiera a la montera. Además, no podía dejar de pensar que la cara de la inspectora me era tremendamente familiar. Ella, que también supuso que yo conocía el chiste, prosiguió.

-Pues ya sabe. Ver, oír y callar. No moleste mucho y nos llevaremos bien. Y en cuanto tengan lo que han venido a buscar, sea lo que sea, usted y el italiano, os podéis ir por donde habéis venido y no hace falta ni que digáis adiós.

-¿Italiano? ¿qué italiano?

-Supongo que hablará de mí.

Una voz conocida y que sonaba como si alguna vez hubiera estado en el inframundo, retumbó detrás de mí, dándome una gran alegría incluso antes de girarme y estar completamente seguro de a quién me iba a encontrar.

-Me presento. Soy el comisario Baffetto de la UOS del cuerpo de carabinieri italiano. Baffetto se escribe con dos "efes" y dos "tes" que los españoles no sois capaces de diferenciar una doble consonante – dijo al mismo tiempo que la inspectora ponía cara de asco – y estoy aquí porque el fallecido era ciudadano de mi país y me he ofrecido a ayudar a la inspectora en el caso.

-¿Se ha ofrecido? Me lo han impuesto, igual que me han impuesto al señor – dijo mirando para mí – como se llame. No sé quién sois vosotros dos, ni para que unidad trabajáis ni si esa unidad existe. Sólo sé que desde muy

altas instancias me han ordenado que los dos estéis aquí y cuanto primero os vayáis, más fácil será mi trabajo.

-Disculpe inspectora, no queríamos ... – de repente me quedé en silencio mirándola a los ojos y me di cuenta – ... ¿Conchi? – dije mientras ella me miraba extrañada y Pierlíbero divertido girando la cabeza hacia mí y hacia ella de forma repetida como en un partido de tenis - ¿Eres...

-¿Perdona? ¿Pero quién cojones te crees que eres? No me han llamado Conchi en mi puta vida y ¿vas a venir tú niñato de mierda con estas ahora? Aquí hemos terminado. Agente – le dijo a un agente que estaba a unos metros observando la escena – coja el número de teléfono de estos dos “metomentodo” por si necesitamos avisarles de alguna novedad del caso.

Y sin más dilación se fue. Pierlíbero no podía parar de reírse. Se giró y se alejó unos metros para estar fuera del alcance de los agentes que custodiaban la escena del crimen.

-¿La conocías?

-Creo que la he confundido con otra persona.

-Anda ven aquí y dame un abrazo.

-Para estar muerto no tienes mal aspecto.

-¿No me perdonarás nunca aquella pequeña broma? ¿verdad?

-En tu puta vida te perdonaré aquello – dije sonriendo mientras le daba un abrazo.

-Jorge, me tengo que ir, pero esta noche cenaré con vosotros. Te veo en un par de horas.

-De acuerdo no te preocupes. Luego nos vemos.

Me giré para volver al coche y un detalle me hizo pararme otra vez ante la víctima que estaba empezando a ser descolgada. Las marcas del suelo eran letras. Intenté ver si componían alguna palabra, pero no podía verlo bien. Estaba ya a punto de irme cuando oí de nuevo la voz de Pierlíbero

que me gritaba para que le esperase. Me giré y le vi venir asfixiado.

-Jorge. Toma. Casi se me olvida. Josué me hubiera matado.

-¿Qué es esto?

-La llave de tu nueva casa en Madrid. El coche sabe la dirección. El garaje lo abre el coche directamente, no necesitas mando.

-¿La llave de mi nueva...?

Pierlíbero levantó los hombros << ¿de qué te extrañas a estas alturas? >> y se fue igual de deprisa que vino a darme las llaves. Guardé las llaves en el bolsillo y me dispuse a caminar en dirección al coche. Estaba a punto de salir del parque cuando el teléfono me sonó. No identifiqué el número.

-¿Sí?

-¿Jorge?

-Sí. ¿Quién eres?

-Soy Conchi. ¿Nos tomamos algo y hablamos?

III

Benidorm, hace mucho tiempo

El ambiente era irrespirable debido al calor. El sudor empapaba las camisetas y el aire acondicionado era la única salvación que permitía no perder la razón. No obstante, por la tarde, a la sombra, en la piscina, se estaba en unas condiciones bastante aceptables. Nada tengo que agradecer a mis padres en mi vida, nada salvo esas dos semanas de verano cada año. La verdad es que era puramente egoísta por su parte.

Elegir las vacaciones de verano en Benidorm, y más concretamente en el hotel Poseidón, era la excusa para no tener que verme en todo el verano. Y no exagero. Un año en concreto, no les vi desde el primer día que llegamos. No me preocupaba porque era relativamente normal, pero siempre aparecían uno o dos días antes de tener que irnos. Yo tenía mi habitación en el hotel y pensión completa así que se desentendían de mí, desde bien pequeño. Pero aquel año en concreto, me dejaron una nota en la recepción del hotel para que me cogiera un autobús para volver a Madrid porque habían decidido irse a Ibiza. En fin, que, al margen de eso, los veranos eran la mejor época del año. Todos los años coincidíamos los mismos amigos y cada año se incorporaba gente nueva al grupo. El primer año de universidad incluso se vinieron conmigo mis compañeros de piso, Iván y Diego. Estaban los manchegos que eran muchos y muchas, los asturianos, el maño, el argentino, la vasca, los pescaderos de Campo de Criptana, las de La Rioja, y otros muchos que fueron o vinieron. Llegamos a ser más de 30 chicos y chicas saliendo todos juntos de fiesta. Por supuesto, como en cualquier grupo todos teníamos nuestros mote de personajes famosos. Estaba Mr. Bean, Fetido Adams, su padre, Estesos, Tamudo, Sobera y otros muchos personajes e historias que no vienen al caso ahora.

Ese día en concreto estábamos todos en la piscina del hotel pegándonos unas risas y hablando de lo que hablan los adolescentes a esas edades. Empezamos a tirarnos en bomba al agua todos juntos, cosa que cada día hacíamos para que el o la socorrista tuviera que venir a llamarnos la atención y así invitarles a salir de fiesta con nosotros. Algunos lo hicieron, otros no. En uno de los saltos, observé a una chica morena, de media melena, metida en el agua con un niño más pequeño y siguiendo la tradición del grupo me acerqué.

-Hola. Perdona que te moleste. Me llamo Jorge.

-Hola – ella se quedó un poco cortada y miró ligeramente hacia fuera de la piscina – yo soy Conchi – dijo no sin cierta dificultad.

-Encantado Conchi. Mira, todos aquellos locos que ves allí llevamos mucho tiempo viniendo al hotel y una de las normas del grupo, es que a cualquier chico o chica de nuestra edad que está en el hotel le invitamos a juntarse al grupo y a salir con nosotros por la noche a divertirnos un poco. Como ves somos un grupo muy grande y hay de todo. No quiero tampoco molestarte mucho. Si te animas cuando termines de jugar con tu hermano, yo te presento a todo el mundo.

-Es mi primo.

-¿Cómo?

-No es mi hermano. Es mi primo. Y te lo agradezco, llevo unos días un poco aburrida.

-Pues no te había visto antes. Vente que te presento al resto del grupo.

Hasta ese momento, la conversación se había producido entre dos cabezas. Los cuerpos estaban sumergidos completamente en el agua a pesar de que estábamos en la zona donde cubría poco. Al levantarnos para acercarnos al grupo, Conchi me indicó que se llevaba a su primo con sus tíos y que se acercaría al grupo. Tenía un cuerpo espectacular. Alta, buen pecho, curvas marcadas. Ni demasiado gorda ni demasiado delgada. No pude evitar quedarme mirándola mientras se alejaba. Se acercó a unas tumbonas donde había cuatro adultos que supuse eran sus padres y sus tíos. Hablaron unos minutos mientras se giraban y me miraban, así que decidí irme con el resto del grupo. Poco después llegó Conchi.

-Hola Conchi. Te presento al grupo. Grupo, esta es Conchi. Luego ya tendrás tiempo de preguntarle el nombre a todos y así te ahorro la tanda de dos besos que somos muchos – dije guiñándole un ojo.

-Aupa. – dijo la vasca – ¡¡Joder con el Jorge!! Te las coges todas feas ¿eh? A ver cuando traes al grupo un tío bueno de esos macizos.

-¿Ya te ha engañado el encantador de serpientes? – dijo Diego riéndose con Iván.

-Y por la noche es aún peor – dijo el maño siguiendo la guasa.

-Da gusto tener amigos como vosotros – dije mientras me sentaba.

-Hola a todos. Gracias por los avisos – dijo un poco sonrojada – pero creo que estoy completamente a salvo porque mis padres no me dejarían salir por la noche ni de coña.

-Ostia, lo que ha dicho – dijo Iván descojonado de risa – ¿Has oído eso Jorge?

-Vamos allá – dije mientras me levantaba.

-¿Vamos a dónde? – preguntó Conchi desconcertada.

-A hablar con tus padres para que te dejen salir esta noche con nosotros.

-Mis padres nunca me dejarán y menos si vas tú a pedirselo. Un tío al que no conocen de nada. Se te va la pinza.

-Te apuesto una cerveza a que lo consigue – le dijo la vasca.

-Acepto – dijo Conchi muy segura.

-Acabas de perder una cerveza – le dije mirándola a los ojos.

-Mis padres son....

-Ya sé quién son tus padres.

Capítulo 6

I

Madrid, el día del secuestro

Si alguien me hubiera dicho unos años antes que estaría sentado con estas tres personas a la misma mesa para degustar una succulenta cena, hubiera tratado a quien lo propusiese como un auténtico loco. Rafa insistió en elegir el sitio para llevarnos a un restaurante de comida fusión americana y española.

-Este restaurante os va a encantar – dijo Rafa mientras nos acomodaba el camarero – es uno de los restaurantes con mejor calidad precio de todo Madrid.

-¿Cómo has dicho que se llama? No lo he visto a la entrada.

-Alright, Josué.

-¿Y cómo lo conociste Rafa?

-Le traje yo – dijo Pierlíbero orgulloso – y desde el día que vinimos, repite todas las semanas.

-Y ahora que tienes tu nuevo apartamento a tan sólo 50 metros, seguro que tú no vas a dejar de venir.

-Sí. Ya me contarás lo del apartamento, claro está.

-Claro está, pero antes esa belleza rubia que viene por ahí, seguro que quiere contarnos la carta secreta.

-No lo creo – dije mientras me levantaba.

-¡¡Jorge!! ¿Cuánto tiempo hace? – dijo mientras me daba un abrazo acompasado de la cara de perplejidad de mis acompañantes.

-Hace tiempo ya Vicky, pero no he dejado de pensar en vosotros.

-Anda calla, embaucador. Tengo lío ahora de entradas, pero no te vayas sin que charlemos un rato.

-No te preocupes que creo que hoy te cerramos el bar.

-Eso está hecho. Mira, viene por ahí Juan a contaros la carta secreta.

-Mucho tiempo llevamos esperándote. Corre ya sin demora a nuestra casa. – dijo Juan, el hermano de Vicky, con un aire melodramático.

-Y la voz del que es dueño de mi vida, la voz que en cuanto oí empecé a adorar, sin cesar me repite ¡Ven conmigo! – le respondí con el mismo tono melodramático mientras el resto de los comensales miraban con diversión.

-Veo que sigues en forma. Bienvenido Don Jorge.

-Los poemas de Mary Shelley son un clásico – dije mientras le daba un abrazo.

-¿Os cuento la carta secreta o ya se las has contado tú?

-Por favor, ningún comensal debe negar el privilegio de perderse la satisfacción y gula con la que cuentas lo que tienes fuera de carta – le dije guiñándole un ojo.

-Te voy a dar yo a ti gula – dijo divertido – los que tenéis como pecado capital la lujuria no sabéis disfrutar de una buena comida – dijo girando los dedos y guiñándome un ojo remarcando el doble sentido.

Juan nos contó las maravillas culinarias que su madre, “la auténtica Vicky para la familia, ya que su hija es Victoria”, había preparado. Además de pedir hamburguesas, costillares particularmente el Jack Daniels y ensalada de burrata, mi consejo fue pedir para picar un fake risoto, unas croquetas de jalapeño y un solomillo inglés.

-Jorge, nunca dejarás de sorprenderme.

-Muy bien Josué, pero no desviéis el tema del que venimos a hablar aquí. ¿Alguien me explica qué hay de verdad y de mentira en la existencia del club de los inventores y qué pinto yo aquí?

II

Madrid, el día del secuestro

Cuando el señor Larsson me empezó a hablar de lo que llamaba "el club", tuve un deja vu. Esta vez el personaje no era calvo ni tenía la nariz puntiaguda bajo un par de cejas que parecían una sola, pero el comienzo fue idéntico y me retrotrajo a mucho tiempo atrás. El señor Larsson empezó hablando de los masones y la orden de los Rosacruces. Me explicó que la orden de los Rosacruces había sido la organización con más influencia en la historia en el desarrollo del conocimiento científico. Estuvo compuesta por sabios de la antigüedad poseedores de una sabiduría desconocida por los no iniciados en la orden. Esta sabiduría ha sido transmitida a lo largo de los siglos y trasladada y compartida sólo por las mentes más brillantes. Un pequeño grupo de los investigadores e inventores más relevantes de la historia incluyen a Pachelbel, Bacon, Fludd, Descartes, Pascal, Spinoza, Newton o Leibniz. El objetivo de esta organización era preservar esa sabiduría para que no se extendiese, ya que no iba a ser entendida por la población general que no estaba preparada para recibir cierta información que podría cambiar todas sus bases místicas e ideológicas. Una sabiduría que haría tambalearse todos los cimientos sobre los que se sustenta la sociedad moderna, no sólo en el mundo occidental sino en cualquier sociedad. Sin embargo, el límite entre qué es lo que se puede transmitir y qué no, es muy fino y la discusión sobre quién tiene que decidir qué se transmite ha sido constante a lo largo de la historia. El punto de ruptura se produjo pocos años después de su fundación y fue tras la muerte de su fundador, Christian Rosenkreuz, cuando la orden decidió que también había que limitar el acceso a la tecnología y que la evolución y desarrollo de la misma debería ser controlada. La orden se extinguió aparentemente y volvió a resurgir poco más de un siglo después impulsada, entre otros, por Francis Bacon o Isaac Newton. Sin embargo, muchos de los miembros de la orden, continuaron activos todos esos años y muchos de ellos establecieron las bases de lo que se conocería como los tres clubs que componen "el club": "el club de los inventores", "el club de los investigadores" y "el club de los científicos". En función de la época de la historia de la que hablemos estos clubs han estado más o menos activos. Lo que sí han mantenido a lo largo de los años es la denominación clubs, ya que a sus fundadores no les gustaba considerarse una organización como tal, a pesar de que sí están organizados y muy bien organizados. Tampoco es una orden

religiosa o mística como los Rosacruz o alguna otra derivación masónica. Su único objetivo, desde su creación hasta nuestros días, es la trasmisión del conocimiento y su única misión ha sido que ese conocimiento no sólo se transmita, sino que sea utilizado para el beneficio de todos y no sólo de unos pocos, considerándose contrario a las normas del club el enriquecimiento indebido por la explotación del conocimiento adquirido si eso conlleva que parte de los posibles beneficiarios no puedan acceder a las ayudas que les debería reportar ese conocimiento. Existe un Magna Dominum o Gran Maestro y un Magister o Maestro que son las dos únicas personas que conocen a todos los miembros y componentes de cada uno de los tres clubs. Con el objetivo de tener siempre un equilibrio en los clubs, si el Gran Maestro es una mujer, el Maestro tiene que ser un hombre y viceversa. Finalmente hay tres Magister Candidatum o candidatos a maestros que a su vez cada uno de ellos se responsabiliza de un club y no se conocen entre ellos. Cada uno de los tres clubs tiene una organización independiente, aunque con una misma estructura con tres alas o líneas de funcionamiento. Cada una de estas alas tiene, a las órdenes de su Magister Candidatum que dirige el club, un grupo de tres personas que coordina y organiza las tres alas de cada club. Todos ellos defienden la misma causa, es decir, que el conocimiento beneficie a toda la población y que salga a la luz cuando pueda cumplir este objetivo y no antes o después. Sin embargo, no se conocen entre ellos. Ninguno sabe de la actividad del otro y simplemente se limitan a realizar su función. De esta forma se ha garantizado durante años el funcionamiento de los clubs. Cada una de estas tres alas tiene una función muy concreta: captación y búsqueda del conocimiento; salvaguarda del conocimiento; protección del conocimiento. En palabras sencillas, los primeros realizan labores de detectives para captar conocimientos y científicos, los segundos de guardianes y cuidadores de esos conocimientos y los terceros hacen todo lo que sea necesario – recuerdo a Vittone remarcando estas palabras y dándoles el énfasis suficiente para que no hiciera falta mayor aclaración – para evitar que cualquier persona ajena al club pueda acceder al conocimiento que el club salvaguarda para beneficio de todos. Son tan independientes que en muchas ocasiones existe conflicto de interés entre miembros de las distintas estructuras del club que ha provocado enfrentamientos.

Me di cuenta de que no podría profundizar mucho más y que dependía de mí ir averiguando más cosas del club. Mientras tanto, pensé que no estaría de más conocer la urgencia de que yo me incorporara de una manera tan urgente.

De acuerdo. Me queda claro que la historia de Vittone era cierta y que todo está como estaba hace años. Pero hay una cosa que no me cuadra y es la urgencia de que yo me incorpore al club hasta el punto de no consultarme tan siquiera. He llegado, todo el mundo en la sede sabe quién

soy, tenía un coche y una casa preparada, y un destino inventado dentro del cuerpo de policía. Creo que eso requiere una explicación – el señor Larsson intentó responder, pero Rafa le detuvo para tomar la palabra. Por partes Jorge. Nuestra intención desde que te conocimos siempre fue que te incorporaras al club. Yo lo tuve claro desde el principio y mi amigo Josué se convenció después de tu paseo – remarco la palabra con sarcasmo – turístico por Europa en bicicleta. La casa no es tuya – sonrió – es un apartamento que pertenece al club y que usamos para agentes que vienen de fuera, siento la desilusión. Aplica lo mismo para el coche. La UOS existe desde hace varios años y no eres el primer agente que es destinado a esta unidad, que evidentemente controlamos nosotros y de la que no tenemos que reportar a nadie. Por lo tanto, tu incorporación al club estaba prevista desde hace mucho tiempo y los medios para que fuera posible existen en el propio ecosistema del club.

¿Y yo no tengo nada que decir al respecto? – dije entre divertido y ofendido.

Tú puedes elegir si quieres formar parte del club ahora, en el futuro o si prefieres hacer tu carrera en el aburrido cuerpo de la Policía Nacional. La Policía Na – no pude terminar y Rafa me pidió bajar la voz con la mano.

Estoy de broma Jorge. Tú puedes elegir lo que quieras hacer y nosotros te apoyaremos allí donde estés. Pero ha surgido una urgencia y necesitamos que nos ayudes.

Y volvemos a la casilla de salida. ¿Cómo os puede ayudar un recién salido de la academia a una organización tan importante como la vuestra? No lo entiendo.

Resumiendo mucho, y mañana Romanka te contará los detalles. Lucía era una agente y creemos, más bien esperamos, que haya podido contarte algo, aunque tú ahora no seas consciente de ello, que pueda ayudarnos.

¿Qué Lucía era una...? – no pude terminar la frase de la incredulidad.

III

Madrid, el día del secuestro

Aún estaba en shock por enterarme de que Lucía era un agente activo del club. No entendía nada. No podía asimilar cómo había podido estar al servicio del club en activo mientras estaba conmigo y yo no enterarme de nada. Bajaba por María de Molina dándole vueltas cuando una voz me

desensimismó.

-¿Te pasas de largo o te has olvidado de mí?

-Hola Conchi – dije tratando de dejar mis pensamientos de lado – no me he olvidado de ti, iba pensando en otra cosa.

Nos sentamos en una mesa que había resguardada en la terraza. A pesar de las altas horas de la noche y de que la temperatura no era la ideal, un par de lámparas de queroseno permitían estar con cierta comodidad. Conchi parecía nerviosa. Era extraño ver a una persona después de tanto tiempo. En realidad, lo raro era verla como adulta cuando el recuerdo era de una niña.

-Cuando te reconocí antes, pensé que no querías saber nada de mí.

-No me gusta mezclar trabajo con mis temas personales.

-Hombre, teniendo en cuenta que nos conocimos durante diez días y que hace diez años que no nos vemos ni sabemos nada el uno del otro, no creo que me puedas considerar un tema personal.

-Eso pregúntaselo a mi padre, que, con sesenta años avanzados, si te viera y te reconociera, seguro que le entrarían unas ganas terribles de darte dos hostias bien dadas – los dos reímos a carcajadas mientras la camarera nos dejaba un gin tonic para Conchi y un café sólo descafeinado para mí.

La conversación fue muy distendida, como si nunca hubiéramos dejado de vernos. Recordamos viejos tiempos, las anécdotas del verano que pasamos juntos, el trauma que le cause a su padre. Conchi me hizo un resumen de los últimos diez años con matrimonio, hijos nonnatos y divorcio todo en uno. Yo preferí omitir los detalles de Lucía y de mi historia con ella, viaje alrededor del mundo incluido. Cuando habíamos dado cuenta del tercer gin tonic y el cuarto café y éramos los únicos clientes que quedaban en el bar, Conchi giró la conversación para hablar del asesinato.

-Inspector Smith – dijo poniéndose muy digna al tiempo que graciosa, seguramente por los efectos del alcohol - ¿Me va a explicar usted que cojones pinta en mi caso?

-Pues... – me cogió con la guardia bajada y no supe que responder en ese momento y salí del paso como pude – ... me enteré que estabas tú y me apetecía volver a verte.

-Buen intento. Sigues siendo igual de embaucador que lo eras hace diez años, pero yo ahora ya tengo el culo pelado. Hace dos años que soy inspectora. He tenido que aguantar carros y carretas. Viajes, guardias y algún destino que preferiré no recordar durante el resto de mi vida. Eso sin contar el puto machismo que impera aún en nuestro país y en los cuerpos de seguridad en especial. Y tú, juras el cargo y el mismo día apareces en mi caso como inspector de una unidad especial que nadie conoce. No me jodas Jorge que no soy gilipollas.

-No recordaba que hablastes tan mal.

-No me cambies de tema que aún recuerdo a aquel amigo tuyo llamándote encantador de serpientes. Me he puesto a cotillear un poquito esta tarde y cuando ví que acabas de licenciarte esta mañana, me vino un tufillo extraño que me indica que algo me estoy perdiendo y me jode mucho no trabajar con toda la información – se puso seria.

-Vamos a ver, que ya tienes el culo pelado – dije guiñándole el ojo mientras ella fingía una media sonrisa – si yo perteneciese a una unidad secreta, no te lo podría decir, ya que es secreta – sonreí, pero ella no –.

-La UOS no existe.

-Claro que sí. Como otras muchas unidades especiales de los cuerpos y fuerzas de seguridad del estado. Otra cosa es que no se haga público para poder operar con cierta, llamémoslo discreción. Yo los conocí a través de un amigo de la familia – mentí – e hice unas prácticas con ellos antes de preparar las oposiciones – esto no era del todo falso –. Por este motivo, me han asignado esta unidad y tan rápido. Puro enchufe, lo admito, pero no hay ninguna conspiración detrás. El motivo por el que estoy en tú caso es pura casualidad – volví a mentir – y es este como podría haber sido cualquier otro en el que se viera involucrado un ciudadano de otro país.

-No tengo otro remedio que creerte, ¿verdad?

-Sí, pero porque te digo la verdad. Lo que sí podemos hacer es quedar a cenar estos días y así voy aprendiendo como trabaja un inspector de

verdad.

-Joder con el encantador de serpientes, si es que... – dijo mientras se levantaba para irnos.

Estábamos saliendo cuando sonó mi teléfono. Era raro a esas horas. Romanka me convocaba a una reunión urgente en la sede central. Algo grave había pasado.

IV

Benidorm, hace mucho tiempo

Me acerqué bordeando las hamacas con la intención de llegar por sorpresa para jugar con cierta ventaja respecto a mis interlocutores, pero una de las mujeres me llevaba observando desde el mismo momento en el que me levanté.

-Buenas tardes – dije pillando por sorpresa a los otros tres mientras la mujer que me había seguido con la vista miraba divertida.

-Hola – respondió uno de los hombres, el más próximo por mi derecha, mirándome extrañado.

-Venía a proponerles algo. Bueno más bien a hacerles un favor. Ya saben lo insoportables que somos los adolescentes y más aún si estamos de vacaciones con nuestros padres y sin amigos. Nos volvemos insoportables y os amargamos las vacaciones a vosotros. Así que le he propuesto a Conchi que se junte al grupo que ven allí. Nos conocemos desde hace varios años todos y nos encanta que la gente de nuestra edad que viene al hotel se una. Nos lo pasamos bien en la piscina y luego salimos todos juntos por la noche.

-¿Salís por la noche? – preguntó el mismo hombre que me saludó y se giró hacia la mujer de enfrente que seguía observándome y parecía aún más divertida – Te has quedado corta con lo “echaopalante” que es el chaval ¿no? Vamos a ver chico. Te doy las gracias por el enorme favor de entretener a mi hija y garantizarnos unas maravillosas vacaciones que sin

tu ayuda serían una auténtica pesadilla – dijo sarcásticamente – pero Conchi no sale por la noche. Punto.

-Ahora retomamos ese punto – le dije prestando más atención a la señora de en frente – ¿por qué ha dicho que usted se ha quedado corta?

-¿Eres Jorge? ¿verdad? – me dijo ella.

- Sí, y usted lo sabe porque...

-Porque llevo veraneando en este hotel casi tanto tiempo como tú y te he visto crecer y muchas de las andanzas que has ido teniendo por aquí junto con alguno de los chicos y chicas que están allí – dijo señalando al grupo – pero en especial tú siempre me has gustado mucho. Pareces un buen chaval, además de ser muy guapo, pero no puedes negar que siempre has sido un poco caradura.

-Entonces, le diré al padre de Conchi que no tiene sentido no dejar salir a su hija con ..

-¿Un chico guapo? ¿o con un caradura? Piensa lo que vas a decir – dijo la que supuse era la madre de Conchi que estaba empezando a divertirse.

-Con un grupo de chicos jóvenes y todos tan guapos – dije guiñándole un ojo.

-¿A qué hora volvéis? ¿Volvéis todos en grupo? – preguntó la madre.

-Pues depende, cuando nos cansamos. Unas veces antes, otras después. Y solemos venirnos siempre juntos varios.

-¿Cuándo os cansáis? Conchi no ha llegado nunca más tarde de las dos de la mañana.

-Hecho

-¿Hecho? ¿Cómo que hecho?

-Sí. Conchi estará a las dos de la mañana en el hotel cada noche. Si nadie vuelve a esa hora, yo personalmente me comprometo a acompañarla. Asumo sus normas.

-Sí que eres caradura – dijo el padre resignado, pero pareciendo disfrutar también de la conversación. – Pues si aceptas mis normas no voy a poner objeción. Acompañarás a Conchi cada noche a las dos de la mañana hasta la entrada del hotel. Pero hay una norma más.

-Me tiene en ascuas – dije altivo por la victoria conseguida.

-Yo tengo confianza plena en mi hija y no me preocupa lo que haga por ahí. Pero no puedo decir lo mismo de ti. Así que para que Conchi pueda salir, tú te tienes que comprometer aquí, delante de todos, a que no intentarás liarte con ella.

Admito que eso no me lo esperaba. Vamos, ni yo, ni su mujer y sus cuñados que le miraron como si se hubiera vuelto loco. Él sonreía de oreja a oreja pensando que me había cogido en un renunció y que no sabría reaccionar.

-¿Ve aquella chica del bikini verde? La rubia.

-Sí, la veo. – respondió el padre de Conchi intrigado por cómo había derivado el tema.

-Sin entrar en muchos detalles y con permiso de su esposa, ¿diría que es guapa? ¿qué es atractiva? ¿qué está buena, vamos?

-No, en absoluto – respondió sin pensárselo mucho.

-Pues me acerqué a ella en la piscina hace tres días para invitarla a salir con el grupo, exactamente igual que hoy con Conchi. Así que si piensa que me he acercado a Conchi tan sólo porque es una chica bellísima y con un cuerpazo, se equivoca y no ha entendido nada de lo que le he dicho. Me acerqué cuando estaba metida en el agua y no la había visto antes. Y tampoco sabía lo dulce, divertida e inteligente que es, hasta que he hablado con ella hace un rato, – en ese momento pude ver en la cara de la madre que me la había metido en el bote, faltaba el padre así que continué – así que...

-Eres un embaucador de los buenos. ¿Me das tu palabra sí o no?

-Le doy mi palabra de que no intentaré por ningún medio enamorar a su hija, conquistarla ni ningún otro sinónimo que le venga a la mente ahora mismo. Le doy mi palabra de que, en ningún caso, intentaré besarla ni mantener ningún tipo de contacto físico que se pudiera considerar sensual o sexual que haga que su hija pueda sentir lo más mínimo por mí como para considerarme un amor de verano – iba a seguir con un repertorio más amplio de retórica cuando me cortó.

-Lo considero suficiente – concluyó.

-Lo que no puedo prometerle es que lo consiga – dije mientras me giraba y me iba, no sin antes guiñarle el ojo a la tía de Conchi a la que se le escapó una risa sincera devolviéndome el guiño de ojo.

Capítulo 7

I

Madrid, el día del secuestro

Cuando entré en la sede central eran ya altas horas de la madrugada de un día muy largo y cargado de emociones. Sin embargo, no había tiempo para la calma. Había mucha gente moviéndose de un sitio para otro. No había gritos, pero sí voces que se cruzaban mensajes que no era capaz de comprender. Me quedé un rato mirando y analizando el caos. Romanka me vio y me gritó desde el otro lado del pasillo.

-Jorge, vente para la sala de reuniones.

Cuando llegué a la sala de reuniones, Romanka se disculpó porque aún no me habían asignado despacho y me instó a quedarme en la sala cuando se acabase la reunión para hablar con más calma. La gente terminó de entrar en la sala y Romanka comenzó a exponer la situación.

-Buenas noches a todos, si es que hay algo de buenas. Os actualizo la reunión de esta tarde. El motivo por el que no hemos podido esperar a mañana es porque ya tenemos confirmación de que se está produciendo un ataque generalizado contra el club. Vamos por pasos. Como ya todos sabéis – dijo mientras ponía las imágenes del “asesinato del ángel” como lo habían llamado en la policía – está mañana se ha producido el asesinato de Marco y el secuestro de Ruth. Como ya os comentamos, pensamos que esto se ha producido con la intención de obtener información sobre los servidores donde se aloja la lista “Arrebol”, información que sólo teníamos Ruth y yo misma.

-Las manchas rojas en el suelo, ¿son letras? – pregunto Jambrina.

-Sí, estamos analizando si tienen algún significado o conforman alguna

palabra.

-¿Y qué novedades tenemos respecto a la información de esta tarde?

-Pues tenemos confirmación de que han robado los archivos "genetics" de la sede de Roma. La delegación italiana lo ha podido confirmar y ya hay un dispositivo intentado recuperar los archivos.

-Pero los archivos "genetics" no están en ningún servidor como la lista "arrebol", tan sólo han podido robarlo... – Jambrina se detuvo en el momento que fue consciente de las implicaciones de lo que estaba a punto de decir.

-Exacto, alguien de dentro, alguien de los nuestros, ha copiado la información en uno de nuestros pendrives y lo ha sacado de la sede de Roma. Lapuente, ponnos al día de la parte más técnica.

-Como comentaba Jambrina, la lista "arrebol" está en nuestros servidores centrales y se podrían hackear. Los archivos "genetics" sin embargo no. Han sido sustraídos de la sede. La parte buena es que no se pueden copiar y hay que ejecutarlos desde el pendrive. He estado la última hora con Lázaro y con Enza, nuestra compañera en Italia – miré ligeramente hacía el señor Larsson que asintió corroborando mis sospechas – y me aseguran que no es posible intentar descodificar los archivos sin conectarse a la red. Se necesitan los recursos de muchos terminales y no hay centro en el mundo con esa capacidad. Así que en cuanto intenten descodificar tanto la lista "arrebol" como los archivos "genetics" lo sabremos y sabremos además de cuánto tiempo disponemos, tanto nosotros como ellos, para evitar que accedan a los archivos.

-Perfecto. Gracias Lapuente. Nosotros tenemos bastante con preocuparnos de lo nuestro. En Italia solucionarán lo suyo. No sabemos si Ruth sigue viva. No sabemos lo que ha podido decir o qué saben sus secuestradores. Y lo más importante, no sabemos quién está detrás de todo esto. Así que pongámonos a trabajar. Tenemos dos objetivos primordiales. El primero averiguar donde tienen a Ruth para liberarla. El segundo es saber quién nos está atacando y si JL tiene algo que ver en todo esto. Descansaremos por turnos. Tenemos a una compañera secuestrada y hasta que no esté de vuelta no pararemos ni un solo instante. ¡¡¡Todo el mundo a trabajar!!!

II

Madrid, el día del secuestro

La sala se fue vaciando poco a poco hasta que sólo quedamos Romanka, Pierlíbero, el señor Larsson y yo mismo. Romanka bajó de la tarima y se sentó con nosotros. El ambiente cargado provocaba un ligero tufillo a mercaptano con un aderezo de durio maduro. Romanka estaba sudada, con el pelo sucio y necesitaba una ducha. Aunque no más que cualquier de nosotros.

-Romanka, es hora de informar a Jorge de todo – inquirió el señor Larsson.

-Jorge, en la reunión no he contado todo lo que sabemos. Como has escuchado sabemos que ha habido algún traidor en la sede italiana. No tenemos claro que aquí no haya alguno también, e incluso no tenemos claro si Ruth está secuestrada o es cómplice del asesinato de Marco. No queremos creerlo, pero tenemos que barajar todas las posibilidades.

-Entiendo.

-Así que lo que hablemos aquí, se quedará aquí.

-De acuerdo.

-La lista "arrebol" es un listado de archivos que contienen los mayores avances hasta la fecha en fuentes de energía alternativas a las convencionales. Es una información muy valiosa, porque bien utilizada y una vez desarrollada la tecnología que lo haga extensible y escalable, acabaría con el problema de la falta de energías fósiles y de la contaminación. Sin embargo, si esa misma información cayera en las manos equivocadas, la bomba atómica nos parecería una broma. Esta lista fue creada y codificada por Lucía. Lucía y yo somos amigas desde niñas y hemos sido compañeras hasta que... bueno ya sabes. Por seguridad, las dos conocíamos la localización de los archivos, pero sólo ella conocía su codificación. Ruth ha sido mi compañera los últimos tres años y yo compartí la localización con ella.

-Pero no entiendo. Si hace tres años que Lucía... no está, ¿cómo es posible que no hayáis decodificado esa información antes si tan importante es?

Todos permanecieron callados durante un rato largo, supongo que sin saber qué decir. Romanka finalmente rompió el silencio.

-Tienes toda la razón, Jorge. La culpa es mía. Era mi responsabilidad decodificarlo. Pero la realidad es que cuando cogí el grupo no le di importancia porque era una información que no considerábamos que tendría que ser utilizada en un futuro cercano.

-Joder. ¿Hay que esperar a que nos carguemos el planeta para usar energías alternativas?

-Es más complejo de lo que parece, Jorge.

-Vale. Está bien. No creo que eso sea lo importante ahora. Lo que no entiendo es cómo puedo ayudar yo. ¿Qué información se supone que pudo trasladarme Lucía a mí que pudiera ser útil? ¿Y quién es JL?

-JL es un terrorista al que seguimos desde hace tiempo y que se ha especializado en ataques y hackeos a instituciones públicas. Respecto a cómo nos puedes ayudar tú, la verdad es que no lo sabemos. Nos gustaría enseñarte todos los archivos no codificados que tenemos y que dejó Lucía. Han sido analizados por nuestros mejores criptógrafos, pero no han encontrado nada. Quizás si tú les pegases un vistazo puedas ver algo que nosotros no hayamos visto. Y tiene que ser rápido. Como te comentamos puede existir la posibilidad de que Ruth nos haya traicionado.

-¿Por qué sospecháis esto?

-Las letras de sangre encontradas en el lugar del asesinato de Marco.

-¿Tienen algún sentido?

-No hace falta. La lista "arrebol" se llama así porque arrebol es el momento cuando las nubes adquieren ese color rojizo al ser iluminadas por los rayos del sol y el proyecto que creó Lucía se llama "letras de sangre" – respondió Romanka.

-Eso quiere decir que o Ruth está con ellos y es un mensaje de que ya saben dónde buscar o que torturaron a Ruth en ese mismo momento hasta que confesó, cosa que parece improbable porque si no estaría colgada junto a Marco. Sólo esperamos que haya sido así y la mantengan viva pensando que sabe algo más – dijo Pierlíbero visiblemente afectado.

Sin embargo, yo ya prácticamente no les estaba prestando atención. No me creía que fuera tan fácil, pero creí tener la respuesta.

-Pues por lista "arrebol" no puedo deducir nada, pero quizás no haga falta abrir ninguno de los archivos de esa carpeta. Me parece demasiado obvio, pero creo que sé lo que pueden ser las letras de sangre.

III

Benidorm, hace mucho tiempo

Aquel fue un muy buen verano. Nos lo pasamos muy bien. Conocimos un montón de gente nueva y afianzamos mucho la amistad que se forjaba año tras año entre muchos de nosotros. Pero el verano llegaba a su fin. Para disfrutar de las cosas especiales, siempre tienen que tener un comienzo y un final, de lo contrario se convierten en rutina. Tan sólo quedaban un par de días para que volviera a Madrid. Cumplí mi palabra de no acercarme a Conchi en ningún aspecto que trascendiese la amistad. Pero hay cosas que se perciben y que se sienten. Uno puede controlar lo que hace, pero no lo que siente. Íbamos caminando desde el casco antiguo de tomarnos unos tequilas en "La Sal" y el "Forn 12" y en dirección a la playa, cuando Conchi se me acercó.

-Jorge, ¿puedo acerté una pregunta?

-Claro, dime Conchi.

-¿Tengo algo malo? Es decir, ¿qué es lo que tengo que no te gusta?

-No entiendo que quieres decir. – mentí – No hay nada que no me guste de ti. Me caes genial.

-No me refiero a eso y lo sabes. No me vaciles como haces habitualmente con todo el mundo cuando no te interesa un tema de conversación. Esta

vez no. Nos vamos en unos días y no sé si nos vamos a volver a ver. Me gustas un montón y lo sabes. Me has acompañado cada noche al hotel. He intentado acercarme. He intentado cogerte la mano. Y también lo sabes. Tienes demasiados kilómetros hechos como para no darte cuenta de esas cosas. Pero en ningún momento has dado muestras de interesarte. Me ayudaría mucho saber por qué.

-¿Quieres la versión corta con la pura verdad o una versión larga adornada?

En ese momento nos habíamos quedado rezagados en el paseo marítimo y todos habían entrado ya en Ku o en Racha Playa a bailar, así que Conchi me pidió que nos fuéramos a sentar a unas tumbonas que están recogidas en la arena a esa hora de la noche.

-Prueba con la larga a ver qué pasa.

-Pues verás Conchi – me puse en modo melodramático, exagerando mis movimientos para intentar darle un poco de sentido del humor y relajar la conversación que parecía que para Conchi era importante – no hay ningún problema contigo. No eres tú. Soy yo. Hace poco que he dejado una relación y aún no estoy preparado para...

-¿Todo mentira? ¿verdad?

-Cada palabra.

-Pues vete a la versión corta, por favor.

-La condición que puso tu padre para dejarte salir con nosotros es que yo en ningún caso y bajo ninguna circunstancia podía intentar liarme contigo – ella me miraba ojiplática – y aunque te pueda parecer una gilipollez, soy una persona que me gusta mantener mi palabra. Creo que es lo más valioso que tenemos.

Ella se quedó callada durante unos segundos. Empezó a dar pequeños paseos alrededor de la tumbona. Yo respeté su silencio y le di el tiempo que necesitaba. Tras unos minutos, o quizás segundos, no lo recuerdo bien, se paró delante de mí y me miró fijamente.

-A ver si lo he entendido bien. Mi padre te obligó a darle tu palabra de que

no intentarías liarle conmigo – se acercó un paso hacia mí.

-Exacto

-Y tú me has dicho que te gusta mantener tu palabra – otro paso más cerca.

-Exacto – repetí con un cierto nerviosismo por intuir qué era lo que iba a pasar.

-Y has cumplido tu palabra – un paso más. Yo estaba sentado en lo alto de las tumbonas y ella prácticamente entre mis piernas.

-Pero eso no quiere decir que yo no te gusto. Más bien todo lo contrario. Y tú has podido prometerle a mi padre que no intentarías liarle conmigo, pero no has podido prometerle que yo no intentaría liarle contigo – dijo mientras tiraba de mí y me bajaba de las tumbonas hasta poner mi cara a la altura de la suya – y no sabes cómo me jode no haberte preguntado antes y haber perdido estos preciosos días para poder estar contigo.

Y me besó. Me besó con pasión. Me besó con locura. Me besó con la energía que se tiene a esa edad. Me besó hasta que un grito nos hizo separarnos de manera abrupta.

-iiiConchi!!!

El sobresalto fue tan grande que instintivamente Conchi me lanzó contra las tumbonas. Una sombra con forma humana poseída por el espíritu de un oso furioso se acercaba a gran velocidad hacia nosotros.

-Papá, ¿pero que ...

-Cállate que no quiero ni oírte. Usted. Ya veo que no tienes ni palabra ni honor – dijo muy enfadado.

-Pero papá, es que ...

-Pero nada. Te estás aprovechando de una niña de dieciséis años.
iiiDieciseis!!! – repitió haciendo aspavientos mientras se intuían unas débiles voces que parecían ser las de su mujer desde el paseo – podría

denunciarte e irías a la cárcel por acostarte con una niña de dieciséis años – era mentira – y da gracias si sales de aquí sin que te de dos ostias de las buenas – siendo sincero tampoco hubiera podido.

En ese momento cogió a Conchi de la mano muy bruscamente mientras su mujer se acercaba lo más deprisa que podía. Esquivando las tumbonas, con los tacones en la mano y un vestido que por la velocidad que intentaba llevar, subía y bajaba dejando intuir una lencería roja con encaje, se aproximaba hasta su hija.

-iiiVámonos!!!

-¿Ha terminado usted de hacer el ridículo?

Se detuvo. Se quedó inmóvil unos segundos mientras su mujer, que me miraba con ojos miedosos, se acercaba lo suficiente para arrancarle a Conchi de las manos y abrazarla. Él se giró con los ojos enrojecidos y las venas del cuello hinchadas.

-¿Qué cojones has dicho? – dijo haciendo ademán de acercarse a golpearme.

-Le he preguntado que sí ha terminado de hacer el ridículo, pero veo que no y que aún piensa en acercarse para recibir un par de ostias – en ese momento se detuvo con los puños cerrados al compás de las voces que daban su mujer y su hija para que no diera un paso más.

-Pero ...

-iiiVamos!!! Cállese y escuche que le va a venir bien. Desconozco que cojones le pasa a usted por la cabeza. No sé si son demonios del pasado o traumas infantiles de la cantidad de ostias que le dieron en el colegio por ser el tonto de la clase, pero no solamente está haciendo el ridículo, está levantando un muro entre usted y su hija en este preciso momento que le va a costar muchos años derribar. Me dijo que se fiaba de su hija, pero no de mí. Me parece correcto que no se fie de mí, pero con esta actitud lo que está demostrando es que tampoco se fía de ella. Tiene una hija maravillosa.

-Eso ya lo sé yo – dijo gritando en máximo de su capacidad.

-Pues si lo sabe, demuéstrela. Yo conozco a su hija desde hace unos días. No sólo es preciosa, dulce, delicada, divertida, ácida en la justa medida. También es responsable, madura, generosa y ya no tan niña como a usted le gustaría. Madure usted y asúmalo. No será esta noche. Eso ya lo sé. Pero ha conseguido que una noche especial para su hija, un recuerdo de esos que guardas con cariño durante el resto de tu vida, un primer beso con alguien que te respeta, te comprende y con el que te sientas cómplice, vaya a ser uno de los peores recuerdos de su juventud. Yo he mantenido mi palabra con usted y he sido honesto y respetuoso con ella. Ojalá usted consiga hacer lo mismo el resto de su vida.

Y en cuanto terminé de decir lo que quería, me fui. La madre de Conchi, mientras le recriminaba visualmente a su marido lo que había hecho, intentó cogerme del brazo para que no me fuera, pero consideré que era una situación que tenían que discutir en familia. Desconozco si por lo sucedido en la playa o por alguna otra razón de fuerza mayor, pero Conchi y su familia al día siguiente ya no estuvieron en el hotel y fue la última vez que la vi. En aquel momento no había teléfonos móviles y no nos dio tiempo a compartir el teléfono fijo o la dirección para mandarnos cartas y estar en contacto.

Capítulo 8

I

Madrid, quedan 72 horas

Todos observaban el libro con detenimiento y hacían comentarios que no era capaz de escuchar desde donde estaba sentado tratando de no dormirme. La madrugada nos había asaltado y un nuevo día comenzaba sin que el anterior hubiera dado a su fin. El señor Larsson estaba sentado a mi lado sin decir nada. Tenía cara de preocupación. Apenas me había dado tiempo a llegar a la sede y darles las buenas noticias sobre lo que yo entendía que eran las letras de sangre, cuando Lázaro entró en la sala de reuniones y notificó el peor de los augurios. Habían detectado la intrusión en los servidores y teníamos exactamente las setenta y dos horas que habían pronosticado Lázaro y Enza. También se confirmaba el ataque conjunto al club. Quien quiera que tuviera el pendrive robado en Italia con los archivos "genetics", lo había conectado a la red para intentar descodificarlo prácticamente al mismo tiempo que habían accedido a los servidores de Madrid para obtener la lista "arrebol".

-Jorge, ¿estás seguro de que la clave podría estar en este libro?

-No estoy seguro de nada Romanka. Como ya os he comentado, cuando Lucía me regaló el libro, dijo que su marca de autora era que no usaba mayúsculas y que una letra de cada uno de sus poemas era de color rojo, <<son como letras de sangre>> dijo en más de una ocasión. Sería mucha casualidad, ¿No creéis?

-Sí. Pero me cuesta mucho trabajo creer que Lucía publicase un libro al que tiene acceso todo el mundo con una cosa tan importante.

-Primero, lo autopublicó. Segundo, el número de ejemplares que se vendieron no creo que haya sido muy elevado. Tercero, ¿qué podría estar más oculto que lo que está a simple vista de todos?

-Jorge tiene razón. No creo que nadie se plantease que el código de descodificación este en un libro publicado. Y, en cualquier caso, es lo

mejor que tenemos.

-De acuerdo Josué. Vamos a escanearlo para pasárselo a todos nuestros expertos. Tiene que haber un patrón en esta secuencia de letras – dijo Enza mientras nos mostraba un papel manuscrito –. Son treinta y tres letras. No debería ser tan difícil encontrar el orden adecuado.

E E K R H I V G U N D N G I C D A S A V I G I E M I N A R T O O O

En ese momento Lapuente entró en la sala con cara de preocupación y se quedó en silencio mientras Romanka nos mostraba las letras en las hojas. Estaba claro que no traía buenas noticias.

-A ver Lapuente, suéltalo. ¿Qué ha pasado ahora?

-Estás letras no pueden ser el código que descifre la compilación de los archivos en el servidor.

-¿Y eso por qué?

-Por qué la respuesta deberían ser números y no letras.

-¿Cómo dices?

-La información que tenemos que meter para abrir los archivos son números.

-Eso ya lo has dicho cojones – gritó Romanka – pues quizás las letras simbolicen números.

-Pero es que hay que introducir ocho números de tres dígitos cada uno, y eso suman veinticuatro dígitos y tenemos treinta y tres letras.

-¡¡Mierda!! ¡¡Joder!! – gritó Romanka mientras azotaba los papeles al suelo y se iba de la sala.